

Los medios y María Corina Machado

por **Gisela Kozak Rovero**

Aplausos y críticas ha recibido María Corina Machado en distintos canales de comunicación y periodismo del mundo. Sin embargo, estas opiniones desiguales parecen alimentar intereses individuales y defender ideologías abstractas, mientras dejan en segundo término el sentir y las necesidades de los venezolanos.

La oposición venezolana siempre ha padecido en los medios, los centros académicos y el mundo cultural internacional las consecuencias de su pecado original: cuestionar a una dictadura de izquierda. No podía ser diferente con María Corina Machado, Premio

Nobel de la Paz 2025. Para colmo, en los días posteriores a la operación militar que sustrajo al dictador Nicolás Maduro y a su esposa Cilia Flores para llevarlos a juicio en Estados Unidos, Machado sufrió los embates comunicacionales del gobierno de Donald Trump, quien la ha rebajado a una “*nice lady*”, cuando en realidad es una gran lideresa política. Las burlas y descalificaciones no han tardado en llegar y el galardón concedido el año pasado es apenas un recuerdo.

En su momento, artículos en el diario *El País* (edición América y México) dieron cuenta de fuertes críticas al Premio Nobel de la Paz concedido a María Corina Machado, si bien esta plataforma, paralelamente, ha hecho también un claro énfasis en el papel de Machado para acompañar la causa democrática venezolana. Luz Mely Reyes y Boris Muñoz destacaron el valor del premio y los méritos de la galardonada para obtenerlo sin olvidar la espinosa situación de Venezuela y Estados Unidos en aquel momento. Otros articulistas de este medio subrayaron que el premio a Machado era un error porque, si bien Nicolás Maduro era un dictador que debía dejar el poder, Machado había apoyado (sin usar citas que respaldaran esta afirmación) una intervención armada de Estados Unidos en Venezuela y sanciones más duras con consecuencias para los venezolanos; por lo tanto, toda su labor política de un cuarto de siglo y la gigantesca hazaña electoral de 2024, razones para otorgarle el premio, quedaban de inmediato eclipsadas. Por ejemplo, en “Sin comentarios”, Vanessa

Romero Rocha (18/10/25) subrayó que “otras fuerzas políticas son más responsables que Machado. Las que buscan una salida pacífica, democrática y negociada. Las que México protegió cuando eligió la neutralidad. Las que encontraron refugio en nuestra embajada en Caracas. Las que México y Noruega intentaron sentar a la mesa para empujar una negociación”. La articulista parece ignorar que el pequeño círculo de políticos sin votos e intelectuales de izquierda no chavistas que viven en Venezuela, con el legítimo pavor de enfrentarse al gobierno, no representa a nadie, y que las numerosas iniciativas de diálogo han resultado en la ruptura de los acuerdos por parte del gobierno revolucionario. Ahora que Machado apoyó la acción del gobierno de Trump sobre Venezuela en nombre de la legislación nacional de Estados Unidos, se criticará el respaldo a título de los principios del derecho internacional, los mismos que, para nuestro infortunio, no solo no funcionan ante Estados Unidos o Rusia, sino tampoco para la tragedia de los venezolanos de a pie.

Romero Rocha, comprensiblemente, parece estar menos interesada en Venezuela que en defender al gobierno de izquierda de Claudia Sheinbaum y su política de neutralidad, que, por cierto, no siempre ha sido tal. López Obrador, de quien Sheinbaum es la continuidad, condecoró nada más y nada menos que con el Águila Azteca a un dictador como Miguel Díaz-Canel. Romero Rocha defiende los envíos de petróleo a Cuba en términos de una acción humanitaria justificada por el bloqueo estadounidense a la isla, pero no menciona una palabra respecto a la aquiescencia de la 4T frente a la responsabilidad del Partido Comunista cubano, la cara de la dictadura, en el sufrimiento de su pueblo. Ella no caracteriza a la dictadura cubana como tal. Este tipo de enfoque que acepta unos autoritarismos y critica otros es común. Asimismo, México se mantiene neutral en la guerra Rusia-Ucrania. Hay de soberanías a soberanías.

En esta misma orientación, el diario mexicano *La Jornada* descalificó tanto a Machado como al comité del Nobel que le otorgó el premio. A su modo de ver, Machado está alineada a la derecha conservadora, que en México significa no solo el PAN, sino posturas como las de Ricardo Salinas Pliego o las del católico ultramontano Eduardo Verástegui. La descalificación es evidente, incluso si se acepta que Nicolás Maduro se robó las elecciones de 2024. En otros medios como *El Financiero*, *El Universal* o *Reforma* el tratamiento ha sido favorable y se ha descrito a la premio nobel como una lideresa democrática por derecho propio, que combate desde la clandestinidad, con enormes sacrificios personales y gran talento político, una de las peores dictaduras de América Latina. Por supuesto, las nuevas circunstancias impondrán un rechazo generalizado a la acción del 3 de enero, si tomamos en cuenta que México teme consecuencias.

En España se ha hecho énfasis tanto en la abierta alianza de Machado con Estados Unidos como en su cercanía con el Partido Popular y su aparición al lado de Santiago Abascal,

cabeza de Vox, un verdadero cóctel indigesto en una época en que el binomio izquierda-derecha ya no se ve como una lucha democrática sino como un enfrentamiento existencial, dirimido en términos de que bajo ningún concepto el oponente puede llegar al poder. Medios como *El Mundo* y *ABC* aplauden a Machado y cuestionan las posturas del gobierno de Pedro Sánchez, especialmente su negativa de felicitarla por su premio. Por su parte, el ultraizquierdista Pablo Iglesias es un valedor de la dictadura venezolana quien, al igual que Juan Carlos Monedero —un académico que desprestigia a la institución universitaria al difundir una mentira tras otra sobre Venezuela—, usa nuestro sufrimiento para sus propios fines políticos. Al menos, la mexicana Vanessa Romero Rocha, antes citada, reconoce que Maduro es un dictador, pero la ultraizquierda española ha sido cómplice del desastre de mi país. El escenario actual es propicio a la indignación y también a la ponderación: por qué Estados Unidos margina a la oposición venezolana legitimada por los votos. ¿Se trata solo de realismo político? ¿Acaso el poder desplegado no podría empujar a sentarse a la mesa a los verdaderos actores? Se ha dicho poco que la Revolución bolivariana nos arrastró a este despeñadero cuando no quiso negociar su salida con los propios venezolanos. Destacan en este marco los llamados de los políticos y políticas europeos y latinoamericanos que piden dar a Machado y a Edmundo González Urrutia su lugar en la transición.

En Estados Unidos, Fox News ha aclamado a Machado como una heroína y paladina de la democracia y su cobertura ha destacado la alianza de Machado con Donald Trump, mientras que el *New York Times* se ha permitido críticas a Machado, acusándola incluso de exagerar o inventar delitos para inculpar a Nicolás Maduro. Diversos medios han hecho eco de que Machado afirmó que los tentáculos del gobierno de Maduro habían influido en las elecciones estadounidenses del 2024 (no he encontrado esta declaración, pero el *New York Times* afirma que Machado sí la hizo). *The Washington Post* y el propio *NYT* intentan tener una postura lo más equilibrada posible, pero la política interna pesa. Por otro lado, calificar a Machado como la “dama de hierro”, al estilo de *Newsweek* y el *NYT*, no oculta la voluntad expresa de compararla con Margaret Thatcher, considerada el paradigma neoliberal europeo. Los mencionados diarios han ido develando que Machado fue marginada antes de la operación militar y que su peso específico no es real, incluso si ha

alabado a Donald Trump constantemente. Que una lideresa de su alcance sea reducida a esta triste postura habla de cuán poco se conoce fuera de mi país el enorme esfuerzo colectivo que ella dirigió.

La cobertura en Venezuela obedece a la censura absoluta; de hecho, los medios oficiales caracterizan a la premio nobel con términos sacados del más rancio vocabulario comunista del siglo pasado: Machado es una lacaya del imperialismo que quiere acabar a sangre y fuego con una revolución asediada. Asimismo, medios privados como *El Universal*, comprados por testaferros gubernamentales, se han unido al coro de críticos de Machado, entre los cuales destacan voceros de la oposición que —a diferencia de quienes defienden los resultados de las elecciones presidenciales con su propia vida y seguridad— prefieren jugar un papel discreto y sin peligro, al estilo de Henrique Capriles Radonski. Los medios independientes han reconocido el enorme coraje de Machado y el papel del Premio Nobel de la Paz como una manera de poner el foco en la situación venezolana. Los intelectuales de izquierda no chavista y alguno de derecha han sido críticos con la lideresa, a veces desde perspectivas que se interrogan legítimamente por el papel de Trump en el futuro venezolano y otras veces desde el miedo que los lleva a no tocar al gobierno ni con el pétalo de una rosa y enfilarse, en cambio, duras críticas hacia la premio nobel de la paz. Ambas posturas han estado presentes en medios como



Efecto Cocuyo, *El Estímulo*, *La Gran Aldea* y *Trópico Absoluto*. Ciertamente, la presencia del presidente estadounidense ha contribuido para mal en esta percepción: lanzó en diciembre un absurdo mensaje a propósito de los derechos de Estados Unidos sobre la riqueza venezolana que pareciera referirse a las expropiaciones y las deudas contraídas por el gobierno de Hugo Chávez con empresas como ConocoPhillips, sin que quede claro si efectivamente se trataba de esto. En este momento, el periodismo de verdad rastrea las claves de la nueva situación, un trato con parte de la nomenclatura revolucionaria (los hermanos Rodríguez) que excluye a la otra parte (Diosdado Cabello). Se parece a una comedia de enredos en la que el gobierno estadounidense dice una cosa y el de Venezuela otra; en paralelo, Cabello, ministro de Relaciones Exteriores, Justicia y Paz, se pasea con sus malandros armados por las calles de Caracas y lanza proclamas antiimperialistas.